

PRÓLOGO:
EL AMERICANO IMPACIENTE

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Christopher Anderson, Magnum Photos / Contacto

Primera edición: noviembre 2009

© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2009

© Jon Lee Anderson, 2009

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2587-9
Depósito Legal: B. 38098-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrenúfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Lo más extraño del periodista Jon Lee Anderson es que no sea un personaje de su autor favorito, Graham Greene. Nacido en Estados Unidos, en 1957, pasó parte de su infancia en Colombia, donde aprendió el español, que domina con la inquietante pericia de los agentes dobles, y varios años en Corea, Taiwán e Indonesia, donde entendió que las culturas distantes pueden ser una forma de la naturalidad.

El futuro cronista creció al lado de una madre escritora que preparaba guisos con ingredientes de varios países y un padre que desempeñaba un cargo diplomático un tanto vago (su puesto nominal era el de Agregado Agrícola, pero no trabajaba como agrónomo, sino como asesor político destinado a supervisar que el *New Deal* se aplicara en naciones donde la propiedad y la explotación de la tierra son asuntos delicados).

La familia se acostumbró a ser feliz en cambiantes circunstancias. Lejos de crecer como un desadaptado, el hijo se convirtió en un entusiasta de los viajes y desde muy joven adquirió el hábito de memorizar atlas.

Uno de los sellos del cronista es el dominio de los datos precisos. Jon Lee Anderson tiene tal pasión por la geo-

grafía que se vuelve fácilmente competitivo. Una noche abordamos un taxi en Bogotá, en compañía de Jaime Abello, director de la Fundación de Nuevo Periodismo, creada por Gabriel García Márquez. El denso tráfico hizo que la travesía fuera tediosa. Para matar el aburrimiento, Jaime habló de países lejanos y mencionó sus capitales. De inmediato, Jon Lee se trenzó en un cotejo para ver quién conocía mejor el tema. Como encontró un oponente de fuste, elevó la disputa al número de habitantes que tenía cada una de las ciudades mencionadas. El niño que revisaba mapamundis está presente en el enviado especial que se apodera de datos geográficos con la avidez de un tenista que quiere mejorar su *score*. Los viajes son su territorio. Entre junio y septiembre de 2005, el cronista cruzó el Atlántico dieciocho veces, una cuota normal en su género de vida.

La familia Anderson estuvo a punto de trasladarse de Taiwán a Egipto (donde Jon Lee planeaba tener un camello), pero la Guerra de los Seis Días hizo que fueran repatriados. Llegaron a Washington justo a tiempo para atestiguar los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy. Al joven Jon Lee le costó trabajo adaptarse a un colegio donde se ganó el apodo de Chino Blanco por lo diferente de sus modales –supuestamente asiáticos– y donde el único camello que encontró perdía pelo en el zoológico. La imaginación de lugares lejanos se convirtió en una vía de escape para el estadounidense que miraba con desconfianza la política de su país. De haber tenido unos años más, su siguiente viaje habría sido forzado, rumbo a Vietnam.

En lugar de eso, sus padres le permitieron vivir durante un año con su tío geólogo en Liberia, y logró deambular solo por África, mintiendo a todo el mundo sobre su edad. Ahí cumplió catorce años.

Al terminar el bachillerato, en Inglaterra, Anderson pasó

por la áspera academia de la vida diaria que ha forjado el currículum de grandes autores norteamericanos. Trabajó en la construcción de casas y carreteras; fue guardia en una cárcel de Florida; cortó tabaco en Kentucky, y se empleó de machetero en Honduras. Como George Orwell, conoció las estrechas tensiones humanas que sólo están al alcance del elemento más castigado de una cocina, el lavaplatos.

En sus frecuentes viajes a Cartagena de Indias, el profesor de la Fundación de Nuevo Periodismo escucha su nombre pronunciado con acento costeño. Ahí se convierte en Yon Li. Tal vez esto le recuerda los días en que regresó a Estados Unidos y fue visto como Chino Blanco.

La curiosidad de Anderson por los sucesos distantes no lo llevó a la antropología, sino a una forma más drástica del comportamiento humano: el periodismo en territorios en pugna. Desde hace algún tiempo nadie lo supera en el arte de dar bien malas noticias. Su libro *Zonas de guerra* (1988), escrito junto con su hermano Scott, recoge testimonios orales sobre conflictos en El Salvador, Irlanda del Norte, Israel, Uganda y Sri Lanka; *Guerrillas* (1992) es un recorrido entre cinco culturas insurgentes; *La tumba del león: partes de guerra desde Afganistán* (2002) prosigue este arriesgado empeño, y su monumental crónica *La caída de Bagdad* (2005) combina el heroísmo de quien escribe en situaciones extremas con la cuidadosa tensión narrativa de quien no pierde el gusto por la sorpresa.

En el seminario de periodismo que impartió en Huesca, en 2005, Anderson pronunció este aforismo sobre su oficio: «Si algo se vuelve cotidiano, nos olvidamos de los detalles.» El cronista depende de la capacidad de asombro; su peor adversario es la rutina, lo que se da por sentado.

Otra revelación esencial, en clara concordancia con la anterior: «Mis observaciones de los primeros días son las

mejores.» Las lluvias de fuego no frenan al coleccionista de detalles; maestro de la perplejidad, busca lo singular en la metralla. El testigo eficaz ve los sucesos como si ocurrieran por primera vez.

En situaciones de alto riesgo, la curiosidad requiere de una logística peculiar. En Bagdad, Anderson reservaba cuartos en tres hoteles distintos porque uno de ellos podía ser bombardeado esa noche. Varias veces ha comentado que sus crónicas se guían por la intuición. En su caso, las corazonadas no sólo tienen que ver con la escritura sino con el precario arte de salvar el pellejo.

Los riesgos que ha corrido este cronista servirían de poco sin un sentido ético. Jon Lee Anderson no es un buscador de peligros. En una ocasión lo escuché burlarse de quienes practican deportes ridículamente extremos, sin otro criterio que su adrenalina. No es un goloso de los safaris ni un adicto a los paracaídas. Tampoco disfruta los deportes que excluyen el peligro, como el fútbol o el béisbol. Lo suyo es el boxeo, donde las heridas narran la gloria y el dolor.

Como cronista, no busca recibir una paliza, pero enfrenta esta posibilidad como una consecuencia secundaria de conseguir una buena historia. Si algo lo distingue es que se mantiene al margen del tremendismo. Aunque dispone de materiales explosivos, no se solaza en los desastres: busca personas, vidas que aun en condiciones adversas conservan un sentido de la dignidad. La excepcional empatía que establece con sus interlocutores explica el grado de confianza que despertó en Bagdad mientras las tropas de su país bombardeaban la ciudad.

En los diálogos necesarios para construir un perfil el cronista depende más de lo que oye que de lo que dice. Anderson nunca es un escucha indiferente. En una ocasión, mientras cenábamos en un tranquilo patio de Cartagena

de Indias, la conversación se desvió a México, D. F., ciudad que él detesta y donde yo vivo. Me oyó hablar de horrores que en cierta forma me parecen llevaderos hasta que intervino con el énfasis moral que suele dar a sus argumentaciones: «¿Te das cuenta de las cosas a las que estás exponiendo a tu familia?» La pregunta venía de un corresponsal curtido en media docena de guerras. Sin embargo, no podía ser ajeno a la violencia urbana de la que yo hablaba. Esa pregunta define su ética de trabajo: Jon Lee Anderson detesta los riesgos innecesarios y tiene una empatía natural por quienes pueden padecerlos.

En aquella ocasión nos reunimos en Cartagena de Indias con el escritor argentino Martín Caparrós como jurados de un premio que otorgaban la editorial Planeta y la Fundación de Nuevo Periodismo. Al revisar los trabajos, se dio una curiosa inversión de intereses. Yo, que nunca he estado en una guerra que no sea de nervios, privilegiaba los reportajes de alto riesgo. En cambio, Martín Caparrós y Jon Lee Anderson, que conocen las zonas de confrontación, preferían crónicas de lo cotidiano.

Los argumentos de Anderson eran técnicos en un sentido irrefutable. Si un trabajo se refería a los talibanes, él trazaba un mapa para rebatirlo con pericia: la ruta de acceso era inadecuada, en esa escarpada región no se podía usar *jeep* (se necesitaba una mula), el autor se había equivocado en el calibre de los rifles usados por la guerrilla, el recorrido podía hacerse en la mitad de tiempo con una buena planeación. Más que un dictamen del texto, recibíamos un curso de logística.

Lo que más le irritaba era que un periodista se ufanara de sus contactos. Un reportero mencionaba que disponía de dieciséis números telefónicos de una informante que permanecía en la clandestinidad. «¡Eso no significa nada!

Tener muchos datos es la obligación elemental del periodista; lo importante es lo que se hace con ellos», exclamó Anderson.

En cambio, admiraba las peripecias de un cronista que vendía pan en una zona chic de Nueva York. El biógrafo del Che y el corresponsal en Irak valoraba que la venta de *croissants* trazara la microhistoria de un barrio.

Anderson respeta a quienes escriben con fervor por la minucia y conocen a fondo su territorio. Casi siempre, el periodista que dispone de un Gran Tema lo aborda sólo a partir de su importancia noticiosa. Era lo que sucedía con los proyectos que él descartaba en aquel concurso. El secreto de la crónica depende de incluir lo que no es histórico, la vida cotidiana, casi secreta, que respalda esa noticia. Anderson va a la guerra con la mirada aguda y cómplice de quien registra los misterios de un barrio. Su técnica no es muy distinta de la del repostero que conoce a la gente a través de los panes que le vende.

En Irak, Anderson necesitaba pactos de confianza y el más importante fue el de Ala Bashir, médico, consejero y pintor favorito de Sadam Husein. *La caída de Bagdad* ofrece el retrato de una nación en ruinas, pero también, y sobre todo, el perfil de un hombre culto que aceptó estar cerca del dictador para evitar males mayores y sembró el país de atormentadas esculturas surrealistas. En unas palabras del poeta iraquí Mutanabbi, Anderson encontró una inquietante clave para la relación del médico pintor con su mecenas: «La experiencia más amarga de un hombre libre consiste en entablar amistad con alguien que no le agrada.» El tirano aceptó que Bashir lo contradijera ocasionalmente porque no podía perder la terapia de ser sincero al menos con una persona. Por su parte, el médico vio esa amistad como una imposición histórica que despertaba su

curiosidad ante el poder y le permitía introducir cierta sensatez en el delirio. ¿Puede haber resistencia en la complicidad? *La caída de Bagdad* indaga este tema inagotable.

En *El dictador, los demonios y otras crónicas* el tema regresa a través de otros notables confidentes de los autócratas: el psiquiatra de Hugo Chávez, García Márquez ante Fidel Castro, la hija de Pinochet.

En cierta forma, esta reunión de perfiles ofrece el «Lado B» del trabajo periodístico de Anderson. Los escenarios y los protagonistas no están en guerra, pero la mirada que los retrata es la misma. En una entrevista con Fernando García Mongay, el cronista reveló el hilo conductor de su ejercicio: «Siempre me han fascinado los que han obtenido el poder a través de la coacción o de las armas. Porque también es un síndrome de la historia. Me parece paradójico que los que logran el poder a través de la sangre logren la legitimación con el tiempo.» En otros libros, narra el momento de la coacción, la guerra que redefine a un país. *El dictador, los demonios y otras crónicas* cuenta lo que viene después, el proceso que trata de legitimar hechos confusos y sangrientos.

Anderson es fiel a las partes que disputan la veracidad de una historia. En todos los casos ofrece pros y contras. El perfil de Pinochet, personaje que contraviene sus convicciones democráticas, está construido en lo fundamental con declaraciones de sus allegados. Anderson se esfuerza por dar voz a quienes pretenden humanizarlo. El resultado es más dramático que el de una crítica militante. Aun bajo la mejor luz, se trata de un sátrapa.

El tema rector de este libro es el poder, incluso en el caso del escritor que es retratado entre las crónicas de tiranos, fosas comunes y jefes, Gabriel García Márquez. Es obvia la simpatía que el autor tiene por el periodista ejem-

plar de *Relato de un naufrago* y el novelista que reinventó el hielo en *Cien años de soledad*. Pero toda vida incluye claroscuros. De manera elocuente, el perfil se titula «El poder de García Márquez».

La fascinación del novelista de Aracataca por quienes ostentan el poder es asunto público. Anderson no demerita la trayectoria literaria de un clásico moderno. Con mesura, casi con deferencia, muestra las fisuras del escritor. No es casual que *El otoño del patriarca* fuera concebido en Cuba, en la proximidad de Fidel. La intuición del novelista lo llevó a retratar las desmesuras del poder, que no siempre resiste como invitado de lujo.

La técnica del perfil depende de dos recursos básicos: la entrevista y la composición de lugar. Anderson habla durante horas con sus informantes en busca de frases sugerentes, y pone especial cuidado en describir los escenarios que explican la historia (la casa donde nació García Márquez; la ruta de Balboa por la selva del Darién; el cementerio donde yacen los padres de Fidel; la vista desde el sitio donde fue fusilado García Lorca —las huellas de las balas, a medio metro de altura, revelan que el poeta fue acribillado de rodillas—; la casa de campo de Pinochet, modesta hasta la decepción).

En ocasiones, los temas de las crónicas se cruzan. Gran conocedor de Cuba, donde vivió durante un tiempo, Anderson se encuentra con el rey de España y habla de la invitación que Fidel le ha hecho al monarca, saltándose a Aznar, con quien no sostiene relaciones. Sin ser muy expansivo, el rey pone en entredicho las habilidades diplomáticas del presidente Aznar.

En el mismo tono de revelaciones, Josep Pujol, hijo de Jordi Pujol, aparece haciendo negocios oscuros en Panamá, al lado de Juan Manuel Rosillo, o John Rosillo, que se en-

cuentra en libertad bajo fianza y aguarda sentencia por un fraude multimillonario.

Anderson se adentra en las entretelas del poder para registrar abusos. Un relato transversal recorre estas crónicas: la mayoría de las veces, los autócratas de América Latina logran su cometido con el apoyo de Estados Unidos. Los mandatarios reciben con entusiasmo al periodista que escribe para una influyente revista norteamericana (*The New Yorker*) sin saber que encontrarán a alguien que rechaza la propaganda y conoce tan bien la realidad como los periodistas locales.

Los dictadores buscan justificar sus oprobios como una necesidad empírica. Aunque en cada perfil ofrece versiones de bandos rivales, las crónicas de Anderson son el reverso de la historia oficial, tanto de la de los países que visita como de la que ofrece el Departamento de Estado en Estados Unidos.

Intrigado por el mecanismo de la dominación, revela que Pinochet admira a Mao, e incluso a Fidel. Aunque las ideologías los separan y sus papeles históricos son incomparables, la dinámica de aniquilar adversarios en aras de mantenerse en el cargo los asemeja (al menos en la peculiar opinión de Pinochet).

No hay dictador sin culto a la personalidad. Hugo Chávez cita a Bolívar en su retórica y en forma literal (en cada reunión deja una silla desocupada para que su fantasma comparezca). El jerarca venezolano se encuentra en plena construcción de su idolatría. Hiperactivo y paranoico, bebía veintiséis tazas de café hasta que el médico se las redujo a dieciséis. Chávez dedica tres horas a dormir y veintituna a encumbrar su personalidad. En cambio, Fidel es el decano del caudillismo. Cuando se presenta ante un grupo de disidentes armados con piedras y palos, los revoltosos

dejan caer sus armas y le aplauden. De acuerdo con Anderson, su obsesión por el niño Elián se explica porque se asume como padre de la patria (el patriarca que se confiesa ante el contador de historias que sabe guardar secretos, García Márquez). Sin embargo, el rasgo que confirma su poder omnipresente es el siguiente: Fidel no tiene estatua. Su caudillismo está tan arraigado que no la necesita..

Atento a las excepciones, Anderson registra una escena en la que el Hombre Fuerte de La Habana es derrotado. En 1958, Fidel expropió la finca de su madre. Ella tomó un rifle Winchester y se negó a cederla. Su hijo cambió de idea.

A los once años Jon Lee Anderson ejerció un pasatiempo que ahora cumple por escrito: la taxidermia. Cuando su familia se instaló en Washington, fue el colaborador más joven del Instituto Smithsonian. Ahí trabajó contacto con el selecto clan de los taxidermistas que saben todo de los hábitos sexuales de las salamandras y preservan bestias como si estuviesen vivas. El cronista busca fijar a sus protagonistas con una pasión equivalente.

En *La caída de Bagdad*, Anderson le pregunta al médico y escultor Ala Bashir si se considera el embalsamador de Sadam Husein. Su entrevistado sonríe y guarda silencio. Al cabo de un rato comenta que ha leído con interés un libro sobre la momia de Lenin. El cronista se identifica con él: cada perfil representa una captura, un cuerpo que debe ser preservado hasta el mínimo detalle.

Anderson heredó de su padre el gusto por la aventura en países lejanos y de su madre la pasión por escribir. La mezcla se advierte en cualquiera de sus textos. Siempre en tránsito, disfruta el placer que inmortalizó Ulises: volver a casa.

Le pregunté cómo eran sus primeros días al regresar de una encomienda al pueblo de Dorset, Inglaterra, donde

vive con su familia. «Me dejan en paz durante un tiempo, esperando que me deshaga de todas las cosas que traigo encima, y poco a poco me integro a sus vidas; busco que me digan cosas de ellos y trato de hablar muy poco de lo que vi en mi viaje», comenta el testigo de cargo cuyo logro más singular es el de ser hombre de familia.

Cuando no está con los suyos, acude a otro método para relajarse. En los desiertos de Afganistán o las selvas de Bolivia sintoniza en onda corta o en Internet el pronóstico meteorológico para los pescadores ingleses. El reporte de los vientos y las marejadas le produce el sedante efecto de una canción de cuna.

Jon Lee Anderson se arrulla con las turbulencias marinas y despierta para contar las tempestades de la Tierra.

JUAN VILLORO